SOBRE LA MISMA TIERRA

AUTORES EXTRANJEROS

La XV edición del *Index Translationum* registra 32 787 traducciones efectuadas en el año de 1962.

La Biblia continúa siendo la obra más traducida en todo el mundo. De los escritos de Nikita S. Krushov se hicieron 204 traducciones. En 1962 el tercer lugar de la lista lo ocupó Lenin con 182 traducciones.

El centenario de Rabindranath Tagore despertó un gran interés por las obras del escritor indú, las que han sido traducidas a varias lenguas (129 publicaciones); el mismo número de traducciones se realizaron de León Tolstoi. Otros escritores cuyas obras han sido ampliamente traducidas son: Shakespeare, 112 textos; Agata Christie, 103; Dostoievski, 95; Gorki, 77; Hemingway, 54; Balzac, 53; Dickens, 50; Víctor Hugo, 48; Goethe, 34; y entre los clásicos griegos aparecieron 35 traducciones de Homero. Ivo Andric, premio Nobel, mereció 36 traducciones.

Las letras españolas son menos traducidas: Cervantes, 31 traducciones; Lope de Vega, 17; Calderón de la Barca, 10; Benito Pérez Galdós, 6; Federico García Lorca, 14, y Juan Ramón Jiménez, 5. Entre los escritores modernos Juan Goytisolo cuenta con 15 traducciones y Miguel Ángel Asturias, 7.

Los países que más obras tradujeron y publicaron son por orden de importancia: Rusia, 4 859; Alemania, 3 095; Países Bajos 1 784 y Francia 1 488. En España aparecieron 1 692 títulos traducidos; en Portugal 654, en México 380, etc.

Más de la mitad de las traducciones corresponden al género literario, a continuación figuran derecho, ciencias sociales, educación, historia, geografía, biografía, ciencias aplicadas y el último lugar lo ocupa la filología con 113 títulos.

Datos tomados del boletín *Perspectivas de la UNESCO* (11 de mayo de 1964).

—C.V.

LETRAS AFRICANAS

De Lagos, Nigeria, nos llega un delgado libro de Cyprian Ekwensi, *An African Night's Entertainment* (Divertimiento de una noche africana). Novela corta —muy corta—, o relato. En definitiva, ¿qué importa? Vale la pena recorrer estas pocas páginas. Si el hilo de la historia es delgado, ésta posee la sencillez engañosa de las obras clásicas. Sin que se nos endilguen residuos de tratados sociológicos ni deliberados mosaicos folklóricos, las raíces y los límites de una tradición se nos ofrecen claros y elocuentes. El acaudalado Shehu, su mujer, Zainobe, el rencoroso Abu Bakir, y Kyauta, hijo de los dos primeros, poseen la fuerza trágica de las antiguas epopeyas.

Las Editoriales Universitarias Africanas, que publican este breve volumen, anuncian asimismo la edición de *Una crónica de Abuja*, en traducción inglesa del Hausa, y *Reflexiones*, antología de cuentos, poemas, obras en prosa y fragmentos de teatro, que representa a los nuevos escritores de Nigeria. Entre ellos, Chinua Achebe, J. P. Clark, Cyprian Ekwensi, Onuora Nzekwu, Wole Soyinka y Amos Tutuola.

—J.R.

SHAKESPEARE FREUDIANO

En *The Psychoanalytic Quarterly* (1964, núm. 3), Robert A. Ravich escribe un estudio psicoanalítico sobre las obras tempranas de Shakespeare. A través de ellas, afirma el autor, se evidencian los esfuerzos de Shakespeare por comprender la psicopatología y la psicodinámica. Para fines dramáticos, el poeta de Stratford aprovechó las teorías de posesión demoníaca, brujería y encantamiento, que en aquel entonces se ofrecían como claves de las enfermedades mentales. Sin embargo, desechó tales supersticiones y, en cambio, favoreció las tesis naturalistas del médico Johann Weyer, propuestas a partir de 1956. El mismo Freud manifestó en su tiempo alta estima por los escritos de Weyer.

Freud juzgaba que el análisis de las obras de imaginación y el de sus creadores era una de las aplicaciones más fascinantes del psicoanálisis. A la vez, encontró en la producción shakespeareana una fuente y una confirmación para sus propias hipótesis. Ravich aporta aclaraciones y ampliaciones de detalle. Lamentablemente no va más allá en su investigación, de lo que han ido otros psicoanalistas. El mecanismo de la creación literaria sigue siendo el misterio que a Freud le parecía, y la videncia del genio permanece inexplicada.

—J.R.

POLVAREDA

En la revista argentina *Versión*, Vicente Cicchitti descubre que la literatura griega "comienza con dos grandes obras, la *Ilíada* y la *Odisea*"; que "poesía" significa en griego "creación"; que "la economía y riqueza de las creaciones clásicas han hecho posible la supervivencia de obras de más de 2 500 años de antigüedad", etc. 13 tomos alcanza la colección literaria Servet con *El atormentador de sí mismo*, de Terencio. Otros títulos en la misma serie: *Teatro Medieval, Romancerillo, Larra, Esquilo, Poema de Fernán González*, los *Recuerdos de provincia*, de Sarmiento, y la *Antonia*, de Altamirano. Tíranse 22 500 ejemplares de cada volumen. *Monocle*, periódico neoyorquino de "polémica, política y sátira para los subinfluyentes", ha proclamado su propio precandidato para la vicepresidencia de los Estados Unidos. El favorecido es Lyndon B. Johnson. Agudo es el ensayo en que Américo Castro habla "de cómo el *nosotros* hace la historia y es hecho por ésta". Según Castro, "los pueblos no son escindibles en sus historias, no son, en modo alguno, ellos y su historia. El perfil de la existencia de un pueblo está trazado por el horizonte de su civilización, y por lo hecho para aumentarla, conservarla o aniquilarla; pero la personalidad de un pueblo es indisoluble de su conciencia de ser suyo cuanto ese pueblo ha hecho para su bien y para su mal. Los pueblos están en sus historias vivas, y éstas están en ellos". Publica el ensayo la *Revista de Occidente* (2a. *ép.*). Si Landrú o Gilles de Retz hubieran nacido en México —piensa Xavier Pommeret—, "los mexicanos los invocarían para demostrar de lo que son capaces, no los hombres, sino los mexicanos" (*Mexique*, Paris, 1964).

—A.S.

HARLEM COMO REALIDAD

Recientemente, las distintas explosiones de violencia que, como expresión de los disturbios raciales y el profundo malestar social ante ellos, han estallado en Nueva York y en especial en Harlem, el *ghetto* negro, han conmovido al mundo. En el último número de *Harper's*, el novelista Ralph Ellison, autor de la famosa novela *Invisible Man*, que describe el esfuerzo de un negro por encontrar su lugar en el mundo, publica un luminoso ensayo sobre la vida y el significado de Harlem en el mundo negro, exponiendo las presiones psicológicas que determinan la conducta de sus habitantes.

Según Ellison, Harlem es una ruina dentro de la que los aspectos cotidianos del existir no son diferentes de las distorsionadas imágenes de un sueño, que permanece en la mente con un significado amenazante y perturbador. Y este sueño es la realidad de más de cuatrocientos mil ciudadanos norteamericanos. Para ellos "Harlem es el escenario y el símbolo de la perpetua enajenación del negro de su tierra de nacimiento".

Sin embargo, dentro de la comunidad negra, Harlem tiene un lugar muy especial. En más de un sentido representa el mito del norte para los habitantes del sur. En él tiene lugar el encuentro que ha determinado la evolución del negro contemporáneo: la mezcla entre las condiciones de vida de los bajos fondos urbanos y la sensibilidad campesina, popular. Si Harlem es el escenario de la mortal agonía del negro campesino, también lo es el de su trascendencia, afirma Ellis. Allí, los jóvenes más talentosos pasan en unos cuantos años a una situación a la que se ha tardado décadas en llegar; los nietos de gente que no tenía ninguna literatura escrita aprenden a interpretar el mundo en los términos de Freud y Marx, Kierkegaard y Kafka, Malraux y Sartre. Pero, al mismo tiempo, al negro no se le permite participar en la vida institucional de su sociedad y con esto pierde algo más que los "privilegios económicos y la satisfacción de saludar la bandera sin emociones mezcladas". Porque, afirma Ellis, cualesquiera que sean las funciones asignadas a las instituciones sociales, su función psicológica es proteger al ciudadano de las incalculables fuerzas irracionales que penden sobre la vida humana como la destrucción cósmica pende sobre una pila de bombas atómicas. Y esta sensación de no pertenecer a su mundo, de no tener lugar en él es la que determina la conducta de los desilusionados habitantes de Harlem. Para cambiarla habría que enfrentarla. En tanto, los negros vivirán como tienen que vivir y, como afirma Ellis, sus vidas son más reales que los argumentos de los blancos.

—J. O.